

Danza con el viento nocturno: *Carmilla* y *La muerta enamorada*

Daniel Alejandro Nava Ortega

La estética del relato fantástico constituía un reto especial para el lector de mentalidad racionalista, sin embargo, al mismo tiempo provocaba fascinación, debido a que cultivaba una sensación de asombro, poniendo en tela de juicio, derivada de la confusión que causaba la lectura, lo narrado como vivido de verdad y aquello que fue soñado; allí se encuentra el límite de lo natural y lo sobrenatural.

El relato fantástico se mueve alrededor de una problemática de cuestionamiento porque debemos de hacer ver al lector que lo que parece extraño o sobrenatural es totalmente probable. Todo-rov propuso que aquello que se denomina *fantástico* es lo que causa la duda en el protagonista que nos coloca en medio de los inquietantes acontecimientos que le llevaron a contar todo.

Este es el caso de dos relatos separados por más de tres décadas entre su publicación: *La muerta enamorada* (1836), de Teophile Gautier, y *Carmilla* (1872), de Joseph Sheridan Le Fanu. En *La muerta enamorada* aparece Clarimonda, aristócrata italiana, la cortesana favorita de un príncipe, gozando una vida —y una muerte— rodeada de lujos, placer y opulencia. *Carmilla* era una noble cuya familia regía un territorio que, para los días en que los acontecimientos de la novela tienen lugar, se encuentra abandonado, su castillo está en ruinas y su linaje de vampiros extinto, pero con ayuda de artes oscuras vuelve a la vida para aterrorizar la región.

Normalidad: parte del contexto en un mundo ordinario o realista

Jean Fabre agrupa en cuatro fases el cuento fantástico que utilizaremos a continuación para analizar ambos relatos. Al comparar y estructurar las tramas, las fases son rasgos en común entre ambas narraciones.¹ En *La muerta enamorada* Romualdo, recién ordenado sacerdote, habita en una villa pequeña en Italia, la historia la cuenta a otro párroco amigo de un pueblo vecino en una carta. Sin embargo, en su ordenación, el momento que por tanto tiempo ha estado esperando, de improviso entre la gente que se encuentra en la iglesia alcanza a ver a una mujer que le deja fascinado y cuya

¹ Jean Fabre, «Pour une sociocritique du genre fantastique en littérature» en Aurélien Boivin, Maurice Émond y Michel Lord (dir.), *Les ailleurs imaginaires: les rapports entre le fantastique et la science-fiction*, Nuit blanche éditeur, Québec, 1993, pp. 109-119.

breve visión ha tirado por tierra todas sus intenciones de entregarse al sacerdocio.

Levanté casualmente mi cabeza, que hasta entonces había tenido inclinada, y vi ante mí, tan cerca que habría podido tocarla — aunque en realidad estuviera a bastante distancia y al otro lado de la balaustrada —, a una mujer joven de una extraordinaria belleza y vestida con un esplendor real.²

Laura Hollis y su padre viven en un castillo en mitad del bosque en Estiria, donde lo único extraordinario aparentemente es la belleza de sus paisajes; un lugar apartado de cualquier centro poblado, fuera de la vista de Dios. A Laura le encanta vivir rodeada de naturaleza; su vívida descripción de lo que hay alrededor de su residencia nos hace pensar que ella está muy a gusto allí y en el castillo.

No creo que exista nada más pintoresco y solitario. Está situada sobre una pequeña colina dominando un bosque. El camino, muy antiguo y angosto, pasa por delante de un puente levadizo, que jamás he visto alzar, en cuyo foso, provisto de percas, nadan los cisnes y flotan blancas escuadras de nenúfares.³

Pasión: el protagonista se ve sometido de manera extraña o inesperada a una fuerza que le domina o desconcierta

Clarimonda se erige como un símbolo negativo⁴ debido a su obsesión, pero también de fidelidad, pues antepone su amor por Romualdo a todo, incluso a

² Théophile Gautier, *La muerta enamorada*, en Jacobo Siruela (edición y prólogos), *Vampiros*, Atalanta, Mas Pou (Girona), 2010, p. 139.

³ Joseph Sheridan Le Fanu, *Carmilla*, en Jacobo Siruela (edición y prólogos), *Vampiros*, Atalanta, Mas Pou (Girona), 2010, p. 212.

⁴ Marta Gómez-Moreno y Elena Carolina Hewitt Hughes, «El motivo de la mujer vampiro» en *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica* (núm. 22), 2013, p. 369.

«tener otros amantes cuyas venas secaría». Comportamiento que ya se había evidenciado al principio de la novela cuando había declarado: «el amor es más fuerte que la muerte y acabará por vencerla». Romualdo incluso llega a escuchar la voz de la dama en su mente:

Si quieres ser mío te haré más dichoso que el mismo Dios en su paraíso; los ángeles te enviarán. Rompe ese fúnebre sudario con que vas a cubrirte, yo soy la belleza, la juventud, la vida; ven a mí, seremos el amor. [...] Nuestra vida discurrirá como un sueño y será un beso eterno.⁵

Romualdo se vuelve de pronto una oveja extraviada del rebaño. Nadie podrá salvarlo de perder su alma por la voracidad de su amante no-muerta.⁶ De esta forma, Clarimonda infunde una pasión desahogada en el sacerdote. Clarimonda quizás también quedó prendada del protagonista a simple vista, y decidió que ni siquiera Dios tenía el poder de separarla de él, al fin y al cabo ella había vencido a la muerte, e intenta engañar al alma de su amante mostrándole otra puerta a la inmortalidad.

«¡Desdichada, desdichada de mí!, jamás tu corazón será para mí sola, para mí, a quien resucitaste con un beso, para mí, Clarimonda la muerta, que forzó por tu causa las puertas de la tumba y viene a consagrarte su vida, recobrada para hacerte feliz».

Estas palabras iban acompañadas de caricias delirantes que aturdieron mis sentidos y mi razón hasta el punto de no temer proferir para contentarla una espantosa blasfemia y decirle que la amaba tanto como a Dios.⁷

Carmilla, desde un momento dado en la historia, tie-

⁵ Théophile Gautier *La muerta enamorada*, *op. cit.*, p. 141.

⁶ Marta Gómez-Moreno y Elena Carolina Hewitt Hughes, *op. cit.*, p. 371.

⁷ Théophile Gautier *La muerta enamorada*, *op. cit.*, p. 156.

ne cierto comportamiento que inquieta e incomoda a Laura: la abraza, la besa y le susurra, y esta al principio se resiste a estos actos de afecto que, a la vez, le producen excitación y placer y, contradictoriamente, dolor físico y psicológico.⁸

A veces, tras un período de indiferencia, mi extraña y bella compañera me cogía la mano y la retenía apretándomela cariñosamente una y otra vez con pasión, y finalmente se ruborizaba levemente, mirándome al rostro con ojos lánguidos y ardientes, y tan jadeante que su vestido subía y bajaba a causa de la tumultuosa respiración. Era como el ardor de un enamorado; me turbaba; era algo odioso y, no obstante, irresistible. Luego me atraía hacia ella, recreándose en la mirada, y sus cálidos labios me recorrían las mejillas a besos, mientras me susurraba, casi sollozando:

—Eres mía, serás mía; tú y yo tenemos que ser una sola persona, y para siempre.

Después se echaba hacia atrás en la silla, cubriéndose los ojos con sus manecitas; y me dejaba temblando.⁹

Conocimiento: el protagonista desea saber qué está sucediendo y poder enfrentarse a la fuerza

Romualdo se resiste al principio a los encantos de Clarimonda, su vida es para Dios y aspira sólo a llegar a estar con él pues es lo único que alimentará su alma por el resto de la eternidad, ve al mundo como un obstáculo, y se entrega al ascetismo esperando que su alma no se manche con placeres vanos y mundanos mientras que su cuerpo debe de ser un templo, en vez de una prisión para el alma; debe resguardarse de los pecados, sin embargo, falla rotundamente en negarse a Clarimonda.

Durante un año viví cumpliendo con exac-

⁸ Marta Gómez-Moreno y Elena Carolina Hewitt Hughes, *op. cit.*, p. 377.

⁹ Joseph Sheridan Le Fanu, *Carmilla*, *op. cit.*, p. 234.

titud todos los deberes correspondientes a mi estado, orando, ayunando y socorriendo enfermos, dando limosnas hasta privarme de lo más indispensable. Pero sentía en mi interior una profunda aridez y la fuente de la gracia estaba seca para mí. No podía gozar de la felicidad que da el cumplimiento de una misión santa. Mi pensamiento estaba en otra parte, y las palabras de Clarimonda me volvían a los labios como un estribillo que se repite involuntariamente. ¡Oh hermano, medita bien esto! Por haber mirado solamente una vez a una mujer, por una falta aparentemente tan leve, he sufrido durante años las más miserables turbaciones. Mi vida está trastornada para siempre jamás.¹⁰

Una noche, un hombre a caballo y de aspecto misterioso llega a la parroquia de Romualdo y le pide que lo acompañe. Montan hasta un lujoso castillo en el campo. Mientras Romualdo desmonta su caballo, le dicen que es demasiado tarde y que está muerta. Lo llevan a la cámara de ella para realizar los ritos, para descubrir que la mujer es Clarimonda, y la besó, dándole vida temporalmente. Romualdo cree que todo lo que había pasado con Clarimonda había sido un sueño; pero unos días después, ella se le aparece en su habitación, parece muerta, pero hermosa, y le dice que se prepare para un viaje. Los dos viajan a Venecia y viven juntos.

Hubiera sido completamente feliz de no ser por la pesadilla que volvía cada noche y en la que me creía cura de pueblo mortificándome y haciendo penitencia por los excesos cometidos durante el día. La seguridad que me daba la costumbre de estar a su lado apenas me hacía pensar en la extraña manera en que conocí a Clarimonda. Sin embargo, las palabras del padre Serapión me venían alguna vez a la memoria y no dejaban de inquietarme.¹¹

¹⁰ Théophile Gautier *La muerta enamorada*, *op. cit.*, p. 148.

¹¹ *Ibidem*, p. 160.

La salud de Clarimonda decae y parece estar muriendo, pero se recupera después de beber un poco de la sangre de Romualdo de un corte en un dedo. Así se da cuenta de que ella es una vampiresa. En *Carmilla* de manera sorpresiva aparece un extraño personaje, un vagabundo o gitano que ofrece una especie de amuletos contra los vampiros, que al parecer rondan el territorio, a Laura y Carmilla; la propia antagonista compra uno y lo cose a su camisón supuestamente para estar protegida en la noche. Laura decide adquirir uno también, pues sus pesadillas se han vuelto frecuentes y más aterradoras y ella desea tener a mano una solución para estos terrores nocturnos.

—¿No querrían sus señorías comprarme un amuleto contra el *vupiro*, que, según he oído, vaga por estos bosques como un lobo?

—dijo, dejando caer su sombrero al suelo—. Mucha gente está muriendo por su causa a diestro y siniestro, mas aquí tengo un amuleto que nunca falla. Basta con prenderlo de la almohada mediante alfileres, y podrán reírse de él en sus propias barbas.

Tales amuletos consistían en unas tiras oblongas de vitela, cubiertas de signos cabalísticos y diagramas.¹²

Un viejo médico descubre una enfermedad que afecta a Laura y que ya se ha cobrado muchas vidas en la comarca; al no tener una explicación científica para los hechos, decide mantener en secreto que le atribuye a un vampiro esas muertes. El general Speldorf, amable y anciano militar retirado, es el primero que se entera de los ataques y decide ayudar a Laura, pues una enfermedad afectó a su sobrina Bertha de manera súbita y ella terminó por fallecer, no sin antes de que su tío supiera que era un vampiro el responsable de su condición y muerte, todo esto al mismo tiempo en que alojaban a una extraña señorita en su casa; Millarca,¹³ que se presentó a ellos en un baile.

¹² Joseph Sheridan Le Fanu, *Carmilla*, *op. cit.*, p. 239.

¹³ Marta Gómez-Moreno y Elena Carolina Hewitt Hughes, *op. cit.*, p. 380.

Acción: una vez obtenido el conocimiento, el héroe decide emprender acciones contra la fuerza

Laura no se entera hasta el último momento de que su querida amiga es en realidad quien succiona su vida y la está matando. El general pide la ayuda del Barón Vonderburg, un viejo amigo, para viajar a la fortaleza de los Karnstein, una raza de vampiros que se creía extinta hace siglos, y acabar con el monstruo que era Mircalla y quien siguiera aterrorizando aquellos lares, causando daño a personas queridas para él, como su amada Bertha. Vonderburg va a desenmarañar el misterio y revelar al padre de Laura y a ella la verdadera identidad de su invitada. El señor Hollis también se une al forastero en la cruzada que ha de extinguir para siempre la estirpe maldita de los Von Karstein de la faz de la tierra, para dolor y conmoción, como se puede suponer, de Laura, quien se convence muy a su pesar de que el objetivo de su padre es impedir que su invitada deje de matarla.

Se abrió la tumba de la condesa Mircalla, y tanto el general como mi padre reconocieron a su pérfida y bella huésped en el rostro que ahora aparecía ante sus ojos. A pesar de los ciento cincuenta años que habían transcurrido desde su entierro, sus facciones mostrábanse inflamadas de calor vital. Tenía los ojos abiertos. El ataúd no despedía ningún hedor a cadáver. Los dos médicos presentes, uno oficialmente, el otro de parte del promotor de la investigación, atestiguaron el hecho prodigioso de que una respiración tenue, pero perceptible, animaba el cadáver, con su correspondiente palpitación en el corazón. Los miembros eran perfectamente flexibles, la carne elástica. El pesado ataúd estaba inundado de sangre, en la que el cuerpo estaba sumergido a unas siete pulgadas de profundidad. Ahí estaban, pues, todas las pruebas y síntomas admitidos de vampirismo.

En consecuencia, de acuerdo con las prácticas antiguas, sacaron el cadáver y le clavaron una estaca afilada en el corazón. [...] Después le cortaron la cabeza, y un torrente de sangre brotó del cuello seccionado. El cuerpo y la cabeza fueron colocados sobre una pila de leña y reducidos a cenizas, luego esparcidas por el río, que se las llevó lejos. Desde entonces aquel territorio no ha vuelto a ser atormentado por las visitas de ningún otro vampiro.¹⁴

Serapión insiste en que los deseos de Romualdo por Clarimonda nacen del pecado¹⁵ y lleva a Romualdo a su tumba para que así la sanguinaria cortesana encuentre el final de sus días de terror, de manera muy similar a como lo encontró Von Karstein.

Serapión me exhortaba de forma vehemente y me reprochaba con dureza mi debilidad y mi falta de fervor. Un día en que mi agitación era mayor que de ordinario me dijo:

—Sólo hay un remedio para que os desembaracéis de esta obsesión y aunque es una medida extrema la llevaremos a cabo: a grandes males, grandes remedios. Conozco el lugar donde fue enterrada Clarimonda; vamos a desenterrarla para que veáis en qué lamentable estado se encuentra el objeto de vuestro amor. No permitiréis que vuestra alma se pierda por un cadáver inmundo devorado por gusanos y a punto de convertirse en polvo; esto os hará entrar en razón.

[...]

[...] el pico de Serapión chocó con el ataúd, y los tablones retumbaron con un ruido sordo y sonoro, con ese terrible ruido que produce la nada cuando se la toca; derribó la tapa y vi a Clarimonda, pálida como

el mármol, con las manos juntas; su blanco sudario formaba un solo pliegue de la cabeza a los pies. Una gotita roja brillaba como una rosa en la comisura de su boca descolorida.¹⁶

La maldad siempre está acechando y sabe dónde y cómo presentarse a la siguiente presa que necesita para vivir. Muchas veces estas figuras malignas se convirtieron en imaginario colectivo, de cuyas historias se derivaron muchas de las ficciones en las cuales se representan amenazas para las vidas inocentes y una manifestación de cómo la tentación acecha al ser humano. Con historias excelentemente logradas, nos envuelven ambos relatos con su intriga y un gran manejo del suspenso que demuestran los autores, quienes dejaron un precedente para las historias fantásticas, sobre todo las de temática vampírica, que vendrían en épocas posteriores.

Fuentes

Fabre, Jean, «Pour une sociocritique du genre fantastique en littérature» en Aurélien Boivin, Maurice Émond y Michel Lord (dir.), *Les ailleurs imaginaires: les rapports entre le fantastique et la science-fiction*, Nuit blanche éditeur, Québec, 1993, pp. 109-119. Gautier, Théophile, *La muerta enamorada*, en Jacobo Siruela (edición y prólogos), *Vampiros*, Atalanta, Mas Pou (Girona), 2010, pp. 135-164. Gómez-Moreno, Marta y Elena Carolina Hewitt Hughes, «El motivo de la mujer vampiro» en *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica*, (núm. 22), 2013, pp. 359-384. Le Fanu, Joseph Sheridan, *Carmilla*, en Jacobo Siruela (edición y prólogos), *Vampiros*, Atalanta, Mas Pou (Girona), 2010, pp. 209-294.

¹⁴ Joseph Sheridan Le Fanu, *Carmilla*, *op. cit.*, pp. 289-290.

¹⁵ Marta Gómez-Moreno y Elena Carolina Hewitt Hughes, *op. cit.*, p. 372.

¹⁶ Théophile Gautier *La muerta enamorada*, *op. cit.*, pp. 163-164.